



## II Sección: Humanismo y literatura

### Para el análisis de ensayos: propuesta metodológica

Jairol Núñez Moya  
Universidad de Costa Rica  
[jairol.nunez@ucr.ac.cr](mailto:jairol.nunez@ucr.ac.cr)

Recibido: 20 de abril de 2017

Aceptado: 27 de mayo de 2017

#### Resumen

El artículo expone los principales enfoques teóricos y características del ensayo, con el fin de rescatar la determinante principal de su escritura: la relación con la realidad social. Este aspecto fundamental lleva a revisar algunos recursos útiles para el análisis, en un esfuerzo por dar continuidad a la relación forma-contenido. Así, la producción del hecho retórico, la estructura del escrito y las estrategias del ensayista se articulan ideológicamente de manera que su presencia en el texto le permiten al crítico reconocer a través del ejercicio semiótico y discursivo, temáticas y categorías susceptibles de interpretación. A partir de esos elementos se realiza una propuesta de abordaje metodológico que va de la descripción a la interpretación y a la explicación, la cual pretende estandarizar un procedimiento que pueda ser útil para ahondar en la función social que le es característica.

#### Palabras clave:

análisis; ensayo; teoría del ensayo; teoría literaria; metodología

### For analysis of essays: methodological proposal

#### Abstract

The article proposes the main theoretical approaches and characteristics of the essay to rescue the main determinant that their writing shows: the relationship with



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a [revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr](mailto:revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr).

social reality. This fundamental aspect leads to revise some useful resources for analysis in an effort to continue the form-content relationship. Thus, the production of rhetorical fact, the structure of writing and essayist strategies are articulated ideologically so that its presence in the text allows the critic recognize through the semiotic and discursive exercise, themes and categories open to interpretation. From these elements a proposed methodological that goes since the description to interpretation and explanation in order to standardize a procedure that may be useful to deepen the social function that is characteristic is performed.

**Key words:**

analysis; essay; essay theory; literary theory; methodology

**Introducción: el ensayo como género literario**

El ensayo como género literario, presenta en su dimensión conceptual y clasificatoria, la problemática de la indefinición. Desde los clásicos de la historiografía literaria se ha problematizado con respecto al género en la literatura, y si bien el ensayo se asume como narrativa, las propuestas de abordaje son múltiples, al igual que sus manifestaciones<sup>1</sup>. Esto hace que el crítico no posea un punto de referencia metodológico y que siga diferentes caminos en función de los textos, realizando análisis donde no se detalla el procedimiento seguido para la interpretación<sup>2</sup>.

El análisis del ensayo depende de la concepción teórica y la perspectiva crítica con la cual se relaciona a lo social, lo que lleva al género como objeto de estudio (la definición a lo largo del tiempo según Aguiar, 1972) y a la clasificación (implicaciones en un momento dado a juicio de Wellek y Warren, 1974). Ambas aproximaciones apelan a un contexto de estudio crítico y valorativo, centrado no sólo en la estética literaria y su estructura, sino también en la pertinencia de los textos en el momento que ven la luz.

---

<sup>1</sup> Nos referimos aquí a lo que se le presta atención para el análisis y a las relaciones que se establecen al ejercer la crítica, no al enfoque metodológico.

<sup>2</sup> El autor se enfrentó a esta situación, de ahí la necesidad de realizar un planteamiento metodológico que sirva de guía para los/as investigadores/as interesados en el estudio sistemático de este género literario.



Los principales autores que han trabajado el ensayo en la modernidad, nos muestran que lo inminente es la transformación del género, debido a las diferentes formas de expresión ensayística que se han dado en el tiempo, las influencias y las variantes de cada época. Así por ejemplo, Gómez (1981) hace una comparación entre las palabras y las costumbres para indicar que ambas están sujetas a la tiranía de las modas. Al ser consciente de la indefinición y la referencialidad, incluye un apartado sobre la crítica conceptual realizada por otros veintiún autores, lo cual permite concluir que a pesar de la insuficiencia de las definiciones la “esencia” del ensayo se mantiene.

En términos generales, se puede decir que el ensayo es un género de carácter didáctico, expositivo y doctrinario; que está remarcado estructuralmente por el espíritu crítico del escritor; con un estilo fluido, una actitud espontánea, un núcleo temático de manifestaciones y extensiones variables (de Amarilla, 1951). Para Rocha (1978) no es necesario ni conveniente definir al ensayo, ya que cada tendencia articula su postura. Lo que procede es entonces la caracterización y su función en cuanto a la discusión ideológica que posibilita.

Esa discusión patente en el texto ensayístico puede no ser literaria; según Rocha lo literario es sólo una de las formas posibles de este género, pero siempre está presente a través de la escritura. Si nos vamos Lukács (1975), éste expone la duplicidad entre ciencia y arte, filosofía y literatura, de donde se rescata que el ensayo vale por su forma, la cual comprende una única realidad que brinda continuidad a la ciencia y al arte mediante la crítica. Es relevante por lo tanto remarcar que: el ensayo es interpretación de la realidad social (desde la subjetividad del ensayista), y como interpretación se nos muestra para ejercer una labor crítica a partir del análisis (un intento objetivo de significar lo subjetivo que el ensayista deposita en el texto). Es decir, el texto se sustenta por la vivencia indirecta e inconsciente de la realidad inmediata que permanece viva en lo escrito (el contenido influye en la forma y la forma estructura el contenido).



Esta perspectiva, la denominada sociología de la literatura, enfatiza el aspecto ideológico del ensayo (igual a lo expuesto por Rocha, 1978). Pero a pesar de la pertinencia de la ideología para la crítica, encontramos tanto en Lukács como en Adorno (1962) la indefinición, ya que no existe una estructura propia para el género. La forma del ensayo respaldada por los autores no es estática, según Adorno el ensayo no ha logrado independencia de su forma, y la interpretación se debe desprender de los elementos del objeto, donde lo estético y lo conceptual transmiten el mensaje. Hay en el ensayo un compromiso expuesto en la demanda (no es solo escribir, es escribir de lo que sucede y además, con un propósito), y por eso es necesario abstraer críticamente ¿cuál es la preocupación que subyace en lo que el ensayista nos expone?

Este carácter pragmático, que implica una función social, lo encontramos en Azofeifa (1982), para quien el ensayo se constituye en una expresión personal, original y libre, cuyo carácter subjetivo conlleva más a sugerir que a decir. Es la subjetividad del ensayista la que viene a estimular la sensibilidad, un interés por influir en la conducta y en las decisiones del lector, de manera que, quien escribe se vale de temas de actualidad para emitir sus ideas.

La actitud reflexiva y crítica del lector es determinante para seguir pensando acerca de las ideas que se le proponen. Pese a ello, ese ejercicio no es arbitrario y debe sustentarse en un proceder que tome en cuenta lo que el texto ofrece, los diferentes elementos que nos presenta, sus interrelaciones y la realidad social que circunda tanto su producción como su recepción. De ahí la propuesta que se procura con base en diferentes planteamientos de la teoría literaria que encuentran continuidad entre lo descriptivo (estructural) y lo interpretativo. Lo cual se debe a que si bien existen propuestas de análisis y trabajos críticos, éstos no son lo suficientemente explícitos en relación con el proceder metodológico que permite a los autores establecer conclusiones.

A este respecto, la actividad crítica es el fin último del trabajo del lector,



como lo expone Picado (1985), pero es necesario superar las visiones descalificadoras señaladas desde la ciencia: en tanto ausencia de pruebas; y desde la literatura: por la rigidez de la prosa y la ausencia de ficción; con el fin de enrumbar la visión de Lukács, desde el valor y la pertinencia discursiva: asumir la palabra pero también hacerla efectiva a partir de la escritura.

Para Picado (1985) el potencial del género no se puede ocultar y éste debe valorarse por su impacto social. La violencia que ejerce el exceso ideológico marcado por la subjetividad del ensayista es el sustento de una pretensión crítica, debido a que busca romper con lo establecido, fragmentar y disolver el planteamiento hegemónico. El ensayo nos pregunta a la vez que nos ofrece con sus cuestionamientos la preocupación del ser humano por los problemas de la sociedad donde vive.

Por ello, el ensayista renueva la percepción de los fenómenos de la cultura, y la participación del lector es determinante para darle continuidad a la crítica. González (1993) toma un posicionamiento centrado en la interpretación cultural que hace efectiva la visión semiótica e ideológica. Para él el ensayo es un discurso de la cultura con valor estético, y además, rescata ese posicionamiento ideológico que reviste la posibilidad de interpretación que vemos en Picado (1985).

El ensayo es por lo tanto escritura, pero también un recurso interpretativo. A través del uso del lenguaje se constituye en una expresión literaria múltiple que da cuenta del contexto histórico, mismo que varía de acuerdo con el ensayista, el tema y el momento en el cual surge. Conceptualizar el ensayo resulta difuso, no así su interpretación que se sustenta en un marco conceptual. Éste provee un acercamiento a la labor crítica del ensayista y a esa mirada renovadora con la que aborda un tema, con el fin de desmitificar la ideología mediante un discurso objetivo, valorativo y perceptivo del entorno cultural.



## Ensayo y realidad social: una revisión teórica

El desarrollo del género da cuenta de la manera en la cual, la reflexión crítica y las manifestaciones ensayísticas, han propiciado un acercamiento a la realidad social. Si consideramos lo histórico, los orígenes del ensayo pueden remontarse a la antigüedad. Algunos escritos de filósofos griegos soportan desde lo retórico características que se asemejan a lo que se ha venido a considerar con el tiempo, en la modernidad, bajo esta denominación (Lukács, 1975; Gómez, 1981).

El uso del término y su relación con una fisonomía específica tiene asidero en el Renacimiento (Fernández, 1999), lo cual permite precisamente, catalogarlo como un fenómeno moderno (de Amarilla, 1951). Para de Amarilla (1951) y Gómez (1981), el primero en utilizar el término fue Miguel de Montaigne, quien en sus *Essais* (1580) conceptualiza al ensayo como una forma nueva y singular de escritura. Seguidamente, Francis Bacon comienza la publicación de los primeros ensayos hacia 1597; “Con ambos escritores quedan fundamentados los pilares del nuevo género literario y se concede a este su característica más peculiar: *el ensayo es inseparable del ensayista.*” (1981, p. 22, la cursiva no es del original).

Pese a las controversias (Adorno, 1962; Lukács, 1975; Picado, 1985), esa subjetividad determina la permanencia de la personalidad y las preocupaciones del ensayista en el escrito (Azofeifa, 1982), convirtiéndose en un rasgo fundamental. Para Gómez (1981) sólo con las tendencias humanísticas del Renacimiento y el descubrimiento del individuo, el ensayo puede surgir como tal.

En Hispanoamérica, el desarrollo del ensayo se dará a partir del siglo XVIII, se consolida con la Generación del 98 en España, y hacia el siglo XIX adquiere relevancia en América Latina como escenario de las discusiones en la búsqueda identitaria postindependencia (Barzuna, 1994). El ensayo, tal cual lo plantea Barzuna (1994), ha sobrevivido históricamente, de ahí que tiene total vigencia en la diégesis literaria y sea un recurso útil para la crítica literaria y social.



Sin embargo, como apuntábamos en el apartado anterior, el ensayo como género literario presenta algunas dificultades para su conceptualización. Esa inestabilidad lleva a encontrar definiciones de ensayo muy generales y a tenerse que adecuar la lectura al momento (Gómez, 1981). Debido a ello se debe potenciar la contextualización y la interpretación de la realidad social que subyace en lo que expone:

[...] el ensayo se ha considerado y se considera como literatura de ideas; no obstante esta opinión, el ensayo no es literatura hecha a partir de ideas<sup>3</sup>, sino *discurso interpretativo de un objeto de la cultura desde un marco ideológico casi siempre definido*. En su manifestación verbal procura crear, a la vez, valores literarios. Aquí interesa destacar sus aspectos literarios y, sobre todo, su sanción social como literatura. (González, 1993, p. 8; la cursiva no es del original).

Por lo tanto, la expresión ensayística es una forma de arte (Lukács, 1975), dentro del orden de la literatura por el “Buen Decir”, signo de literariedad en que se apoya la palabra escrita (Picado, 1985). Pero el ensayo se relaciona a través del pensamiento de quien escribe con la realidad, se constituye en manifestación cultural y posee un punto de encuentro con la época de su escritura. Es ahí donde debemos hacer un esfuerzo por caracterizar el abordaje del ensayista (la forma) y categorizar la temática que engloba (el contenido).

El ensayo nos presenta “algo” mediante la perspectiva discursiva, por lo que está sujeto a una interpretación del crítico, quien ha de buscar en la escritura los indicios para generar esa interpretación (Picado, 1985; Barzuna, 1994). Esa labor crítica se da por el análisis coyuntural de la realidad contemporánea al texto y el planteamiento ideológico que generan una ruptura con lo establecido (Picado, 1985). De este modo, al análisis del ensayo es efectivo al identificar sus características y funciones, no por el concepto.

Gómez (1981) defiende ir a las características y esto de alguna manera

---

<sup>3</sup> En dado caso, toda literatura está hecha de ideas.



está latente en la mayoría de los textos consultados (Adorno, 1962; Rocha, 1978; González, 1993; Barzuna, 1994). Un ensayo pasa entonces por el modo de escritura y lo que se escribe (Picado, 1985). Así por ejemplo, en cuanto a forma se tiende a señalar su forma no definida, por lo que es fundamentalmente proteico (González, 1993). Además, para Adorno (1962) existe una discontinuidad en la realidad ensayística, en la variabilidad que se da con el tiempo y que conlleva su propia relativización. Este conflicto trastoca la forma por la presencia de la realidad misma y sus rupturas, e incluso por el antagonismo de la propuesta que nos presenta el autor. A fin de cuentas la forma depende del contenido y de lo representado, con lo cual queda claro que ambos deben ser sujetos de estudio en el análisis.

Dicho de otro modo, el ensayo no tiene una estructura rígida (Gómez, 1981), y ubicarlo en relación con otros escritos debido a una organización rigurosa o un contenido categórico puede resultar difícil. Según Rocha (1978) muchas veces una novela puede resultar en ensayo, o un ensayo puede resultar para Gómez (1981) en un tratado, un discurso o una monografía. Interesa entonces, "...sobrepasar lo superficial y penetrar en su desarrollo y contenido." (1981, p. 63), con el fin de llegar al tratamiento temático y a la propuesta del ensayista.

Lo anterior parece ser la constante, ya que otro elemento importante en la forma como la extensión del ensayo (es sintético dice Adorno, 1962), no es un aspecto pertinente. La brevedad, muchas veces señalada, también depende del tema tratado (González, 1993).

Sin duda, se debe ir al contenido y a la manera en la cual éste se nos presenta. La temática y el posicionamiento del ensayista van a articular bajo una forma propia, aquello que se busca transmitir (la forma como destino en Luckás, 1975). Así, "El ensayista escribe porque siente la imperiosa necesidad de comunicar algo [...]" (Gómez, 1981, p. 46), y al hacerlo se compromete, procurando convencer a otros de su razonamiento.





Entonces, el ensayo es subjetivo y persuasivo. Subjetivo en cuanto la personalidad, las circunstancias y la época se afianzan en él como un termómetro social (Gómez, 1981). Persuasivo porque esa mediación personal pasa por el propio convencimiento, colándose en la exposición y argumentación, para hacerse valer a través de la palabra (Fernández, 1999). Aunado a ello se aprecia, como lo afirma Rocha (1978): “[...] el ensayo tiene que ser motivador y poco objetivo.” (p. 15), traduce la opinión o posición personal en cuanto a un tema, el cual se asume relevante en el contexto que se da.

En consecuencia, el tema no se agota (Rocha, 1978); el ensayo no pretende ser exhaustivo (Gómez, 1981), muestra la realidad tal cual es vista por quien escribe. Un carácter fragmentario aflora, no porque no sea consistente, al contrario, el ensayo posee unidad, pero en su intento por motivar la reflexión nos traza ideas, las cuales invitan al lector a continuar pensando. En algunos casos el escritor vuelve sobre el mismo asunto y nos presenta otras visiones del tema tratado en diferentes textos (Gómez, 1981).

Si bien, el ensayista no dice la última palabra con respecto al tema que trata, sí desencadena la reflexión crítica sobre él, o al menos se pretende. El ensayo es crítico, pone en duda y cuestiona, pero no busca dar un veredicto ni establecer una verdad absoluta (Picado, 1985), aunque sí su propia “verdad” (Adorno, 1962). El ensayo “introduce la crisis en la superficie plana de los discursos.” (Picado, 1985, p. 22) y al mismo tiempo dialoga con el lector con el fin de lograr su cometido.

El carácter dialogal del ensayo se refiere a que en la presentación de las ideas se inquiere y se conversa con el lector, es decir, hay un proceso comunicativo en el cual “el ensayista espera la participación activa del lector y le exige que proyecte aquellas sugerencias apenas apuntadas en el ensayo y vueltas a dejar en el rápido cabalgar de la “conversación”.” (Gómez, 1981, pp. 51-52). De ese proceso comunicativo, íntimo entre ensayista y lector, deviene también la



contemporaneidad que hace del tema tratado un tema actual.

Si bien, el ensayo está sujeto al tiempo y al espacio, este constriñe tanto al ensayista como al lector: “El ensayista, en su diálogo con el lector o consigo mismo, reflexiona siempre sobre el presente, apoyado en la sólida base del pasado y con el implícito deseo de anticipar el futuro por medio de la comprensión del momento actual.” (Gómez, 1981, p. 30).

Ese acercamiento al tema se realiza desde un “volver a mirar”, y es posible gracias al enfoque del ensayo. Para Adorno (1962) el enfoque es producto de la creación artística propia del ensayo, para Lukács (1975) de la profundidad con la cual se muestra lo conocido. La tarea se orienta hacia una perspectiva renovadora de los objetos culturales (Picado, 1985), una revisión de lo cultural -lo que se hace, lo escrito- bajo una nueva óptica que evidencie aquello velado en la cotidianidad. Por eso el ensayo habla de lo ya dado, de lo existente en lo que él se propone hablar; describe el proceso y no el objeto, la interrelación y no los conceptos (Barzuna, 1994).

La propuesta ensayística se suscita como una interpretación ideológica (González, 1993) dentro de un proceder didáctico y exhortativo, la cual aspira mediante el auxilio de la retórica a una lectura de la realidad. González propone “[...] una lectura capaz de revelar la estructura ideológica subyacente en cada ensayo particular para poder asentir o disentir de él.” (1993, p. 14). Es ahí donde subyace sin más el cuestionamiento a la realidad social.

En resumen, el ensayo: no tiene forma ni extensión definida, depende del tema abordado; es subjetivo y persuasivo, responde a la intención del ensayista; no agota un tema ni pretende ser exhaustivo, es fragmentario; es crítico, no tiene la última palabra pero busca la manera de guiarnos a la “verdad” que expone, tiene un carácter dialogal, conversa con el lector, trata temas de actualidad de una forma novedosa; y posee una interpretación ideológica. Estas características permiten la identificación del ensayo y la discusión en torno a la propuesta que se



presenta. La relación texto-contexto es clave para la interpretación ideológica, y lo cultural potencia el abordaje ensayístico, es decir, se va al posicionamiento de quien escribe.

González (1993) expone que para lograr la comprensión se deben identificar una serie de aspectos que el lector comparte con el ensayista, pues el ensayo se vale de ese contexto al intentar hacer su aporte crítico. Por esta razón, el carácter interpretativo no está sólo en el modo de interpretar sino en cómo el lector asimila el escrito, lo cual es determinante para la aproximación metodológica en contexto. Nuevamente coincidimos con González: “En su esencia, el ensayo es interpretación ideológica y persuasiva de algún objeto producto de la cultura, de un proceso cultural o, incluso, de una cultura en su totalidad. [Y] Su intención persuasiva y didáctica lo pone en contacto con la retórica y, por ende, con el empleo de recursos literarios [...]” (1993, p. 8).

Visto desde esta perspectiva el ensayo es un recurso útil para acercarse a la realidad expresada a través del lenguaje. Una realidad marcada culturalmente y sobre la cual el ensayista emite un juicio crítico. El trabajo de quien escribe es determinante pero también lo es la actitud de quien lee. Para Adorno:

No es posible obtener pasivamente por interpretación algo que no haya sido introducido al mismo tiempo por un interpretar activo. Los criterios de esta actividad son la compatibilidad de la interpretación con el texto y la fuerza que tenga la interpretación para llevar juntos a lenguaje (sic) los elementos del objeto. (1962, p. 32).

En la construcción del objeto opera una actitud reflexiva y crítica que se afianza en una aguda observación del entorno y en una amplia visión de mundo (Azofeifa, 1982; Picado, 1985). Así, el trabajo sistemático sobre un tema y la articulación de una estructura, dan cuenta de un modelo de significación diseñado por el ensayista, el cual debe abstraerse para llegar a la comprensión de su propuesta. Es bueno pensar en el ensayo como un todo, con sus capas y estratos (Adorno, 1962).



Este modelo de significación responde, ya sea a un estilo de pensar o a un esquema cultural, que se asocia al concepto de ideología (Picado, 1985; González, 1993), a una filosofía o visión de mundo. Por ello durante los últimos 60 años, el ensayo ha incorporado una serie de instrumentos académicos, sociológicos y de retórica literaria (Barzuna, 1994), debido a la necesidad de diferentes estrategias y recursos para realizar una interpretación. Pese a la diversificación ensayística, temática y por ende, de los acercamientos críticos, no se presentan articulaciones metodológicas claras para el abordaje de ensayos. De los estudios revisados, la mayoría se concentra en conceptos y clasificaciones, no en procedimientos de análisis (Marichal, 1978; Ovares y Vargas, 1986; Skirius, 1994; García, 1995). Ahí radica la necesidad de una revisión de las estrategias que se han aplicado y por consiguiente, la concreción de la propuesta que se realiza, con el fin de contribuir al análisis del ensayo.

### Recursos útiles para el análisis de ensayos

La caracterización del ensayo es sólo un punto de ingreso a lo metodológico. Para proceder a realizar una propuesta, es necesario comprender diferentes modelos de análisis que posibiliten, dentro de un esquema interpretativo, organizar las estructuras retóricas y su asociación a la construcción del discurso.

Si seguimos a Lukács “[...] el ensayo habla la mayoría de las veces de imágenes, de libros y de ideas [...] el ensayo habla siempre de algo que tiene ya forma, o a lo sumo de algo ya sido [...]” (1975, p. 30). Y esa forma se constituye a lo largo del escrito, mediante la propuesta subjetiva. “En los escritos del crítico [-el ensayista-] la forma es la realidad, es la voz con la cual dirige sus preguntas a la vida; ésta es la realidad, el motivo más profundo de que los materiales típicos naturales del crítico sean la literatura y el arte.” (Lukács, 1975, p. 25).

La realidad se construye como parte de un discurso, y ese discurso se dice



bajo una impronta didáctica la cual oculta la actitud del ensayista ante el destinatario, valiéndose de la retórica para reducir su mediación. Señala Barthes (1974) que la enseñanza es una práctica en la retórica, la cual va de la mano de lo social y lo lúdico, pero también de la palabra. Esta palabra no es exclusiva del relato, sino de todo escrito, de ahí que la retórica literaria es un sistema (una organización de lo que se dice), y esto no agota las posibilidades de una ciencia en términos generales (García, 1984).

La retórica literaria amparada en lo interpretativo remite a la Poética, por lo cual se presta atención a las figuras (Lotman, 1996), es decir, la integración del pensamiento lingüístico a lo expresivo. La retórica necesita ir de lo estructural al discurso, sin acudir a un metalenguaje. De este modo, el procedimiento para análisis del relato, que es interpretativo, integral y parte de las operaciones retóricas (Barthes, 1974), puede aplicarse al ensayo.

Si consideramos que la retórica ha sido definida dentro del ámbito literario a partir del discurso, se entiende por ésta a una escritura en prosa, ornamentada y con una serie de reglas como mecanismo de generación textual (Lotman, 1996). No obstante, para Lotman (1996) la retórica suele emplearse en tres acepciones: una que trabaja a nivel suprafrásico (centrado en la estructura de la narración, es un enfoque lingüístico), otra sobre los significados traslaticios (tomando en cuenta las figuras retóricas, es un acercamiento desde la semántica poética), y la última, a partir de las relaciones intratextuales y el funcionamiento social de los textos (atendiendo a formaciones semióticas, con base en la poética del texto).

Algunos enfoques revisados toman en cuenta algunos de estos niveles de análisis (Marichal, 1978; Ovares y Vargas, 1986; González, 1993; Skirius, 1994; García, 1995), sin embargo, no siempre se utilizan los tres. Tienden a variar los elementos del primer nivel y en algunos casos no queda claro cómo se conectan éstos con la interpretación. Además, se centran principalmente en la pertinencia semántica y semiótica (los últimos dos), puesto que sus objetivos se concentran



en las relaciones temáticas y contextuales.

Aún así, parece haber una consciencia: en cuanto a que “Si el texto en su conjunto está codificado como texto retórico en el sistema de la cultura, todo elemento del mismo también se vuelve retórico, independientemente de si se nos presenta en una forma aislada, poseedora de significado recto o traslaticio.”. (Lotman, 1996, p. 133). A esto se refiere Adorno (1962) cuando señala que el ensayo no ha logrado su independencia de la forma. Por ello la realidad se presenta como una impronta de la lógica a interpretar: “El objetivo esencial del ensayista no es sólo la interpretación sino el modo de interpretar, modo que el lector terminará por asimilar, modo en el cual terminará enajenándose.” (González, 1993, p. 13). Por tanto, la realidad también enajena al ensayista, quien es absorbido desde lo cultural y al representar lo acontecido muestra la lógica de su entorno a través del lenguaje escrito. Lotman (1996) apunta que los elementos retóricos no son sólo las figuras sintácticas de la retórica clásica, sino las construcciones del texto escrito.

Las construcciones se basan en la organización del lenguaje, por lo cual el análisis del ensayo tiende a darse tomando como base elementos estructurales<sup>4</sup>. De ahí que, un procedimiento que es pertinente es el análisis estructural del relato expuesto por Barthes (1977 [1966]). Este método es meramente deductivo y se concibe como un modelo analítico de descripción el cual desciende poco a poco a sus componentes. Si bien, no es suficiente para la interpretación, es un punto de partida útil que operacionaliza metodológicamente el trabajo del texto.

En relación con esta propuesta es claro que “el lenguaje acompaña continuamente al discurso, tendiéndole el espejo de su propia estructura: la literatura”. (Barthes, 1977, pp. 8-9). Así, para poder llegar a la interpretación del

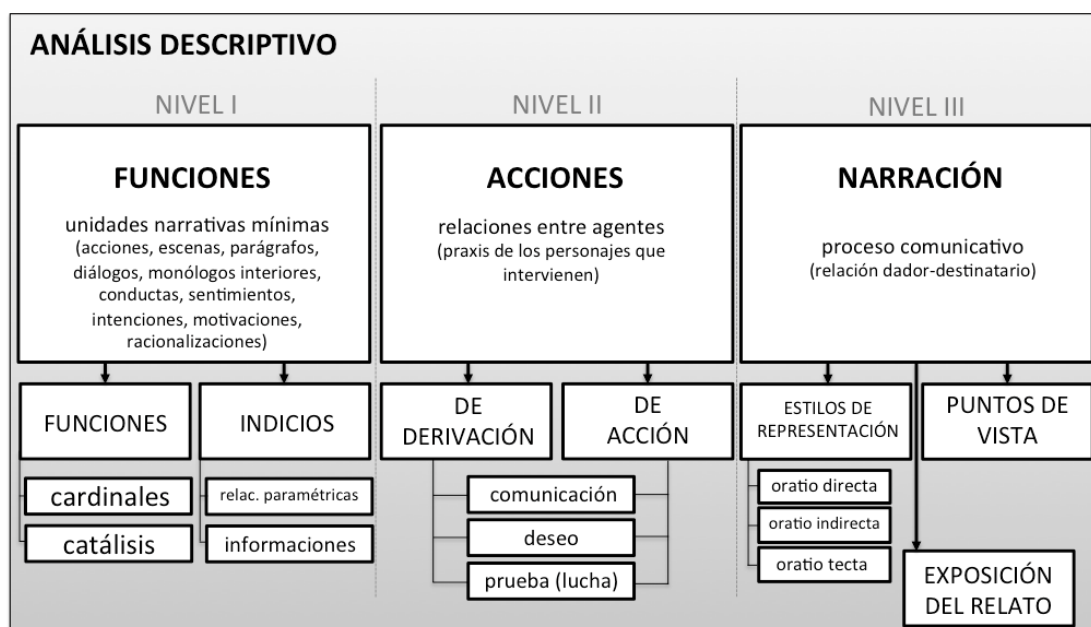
---

<sup>4</sup> Se procura un abordaje que parte de lo estructural y va al contexto, tomando como referente el desarrollo del pensamiento de Barthes que incluye *Introducción al análisis estructural de los relatos* (publicado por primera vez en 1966), *La antigua retórica* (publicación original de 1970) y *S/Z* (primera publicación de 1970).



discurso Barthes distingue tres niveles: el de las funciones, el de las acciones y el de la narración (ver Figura 1).

**Figura 1. Modelo para el análisis estructural del relato.**



Fuente: elaboración propia con base en el planteamiento de Barthes (1977).

Las funciones son las unidades narrativas mínimas cuyo carácter funcional está dado por la correlación en el texto: “es una cuestión de estructura: en el orden del discurso, todo lo que está anotado es por definición notable” (Barthes, 1977, p. 14).

Desde el punto de vista lingüístico una función es una unidad de contenido, que como unidad narrativa o expositiva no pierde el carácter de los segmentos eje del discurso narrativo, hablamos de acciones, escenas, párrafos, diálogos, monólogos interiores, así como de conductas, sentimientos, intenciones, motivaciones, racionalizaciones.

Estas unidades no corresponden necesariamente con las unidades



lingüísticas, ya que son unidades superiores a la frase. Se deben considerar los niveles de sentido, tomando en cuenta unidades funcionales o indicios de las mismas: “*Funciones e Indicios* abarcan, pues otra distinción clásica: las Funciones implican los relata metonímicos, los Indicios, los relata metafóricos; las primeras corresponden a una funcionalidad de hacer y las otras a una funcionalidad del ser.”. (Barthes, 1977, p. 18).

Dentro de las funciones, hay unidades con diferente importancia, a saber: cardinales y catálisis. Las primeras son nudos o núcleos de significación del relato, mientras las segundas son complementarias a la significación.

Con respecto a los indicios, al ser unidades integradoras pueden formar relaciones paramétricas (extensivas a lo que sucede) e informaciones (correspondiente a elementos de identidad, sobre todo tiempo y espacio). “Los indicios implican una actividad de desciframiento”. (Barthes, 1977, p. 22).

Las acciones para Barthes pasan por los agentes que las realizan. En una secuencia las relaciones establecidas definen acciones estructuradas a partir de dos reglas: de derivación (cuando dan cuenta de otras relaciones) y de acción (cuando describen transformaciones en la historia). Los actantes –quienes realizan la acción- participan de tres ejes temáticos: comunicación, deseo y prueba.

Así, las esferas de acción vienen a ser las de los personajes, en tanto más allá de su descripción están sometidos a una estructura paradigmática dentro del texto. En este segundo nivel al hablar de acciones no se debe entender un acto sino las articulaciones de la praxis (comunicar, desear, luchar).

La narración (para efectos del ensayo y el abordaje que se procura, la exposición), viene a dar sentido a los niveles anteriores. Establece un proceso comunicativo, en el cual emisor-dador y destinatario-lector juegan papeles importantes en la descripción del código. El ensayista como expositor presenta signos visibles y numerosos, por lo cual el lector debe operar, “los signos del narrador [-expositor-] son inmanentes al relato y, por lo tanto, perfectamente





accesibles a un análisis semiológico” (Barthes, 1977, p. 40).

Este análisis debe mantener una distancia que permita abstraer en la inmanencia del texto los elementos sujetos a interpretación, ello porque “[...] una parte de la literatura contemporánea ya no es descriptiva sino transitiva y se esfuerza por realizar en la palabra un presente tan puro que todo el discurso se identifica con el acto que lo crea, siendo así todo el *logos* reducido –o entendido- a una *lexis*.” (Barthes, 1977, p. 43).

El nivel expositivo apunta a integrar las funciones y las acciones a esa comunicación, cuando las formas de discurso dan lugar a signos de narratividad. Esto es, los estilos de representación o modos expositivos (de intervención del autor): *oratio* directa (discurso directo), *oratio* indirecta (discurso indirecto) y *oratio tecta* (discurso intermedio). Asimismo, el nivel expositivo incorpora elementos como el punto de vista, el cual evidencia cómo se expone el relato.

El siguiente paso sería establecer relaciones semióticas, según el tercer nivel retórico de Lotman (1996). En Barthes las funciones semióticas permiten un proceso interpretativo: “La narración no puede, en efecto, recibir su sentido sino del mundo que la utiliza: más allá del nivel “narracional” comienza el mundo, es decir, otros sistemas (sociales, económicos, ideológicos), cuyos términos ya no son sólo los relatos, sino elementos de otra sustancia (hechos históricos, determinaciones, comportamientos, etc.).” (1977, p. 45).

El procedimiento expuesto por Barthes (1977) toma en cuenta la homología entre las frases del discurso: una organización formal donde se regulan verosímilmente los sistemas semióticos. Por lo tanto, el discurso sería una gran frase, un sistema de sentido donde se articula el relato. Una producción, como posteriormente lo reseñaría: “Lo escribible es lo novelesco, la poesía sin el poema, el ensayo sin la disertación, la escritura sin el estilo, la producción sin el producto, la estructuración sin la estructura” (Barthes, 2004[1970], pp. 2-3).

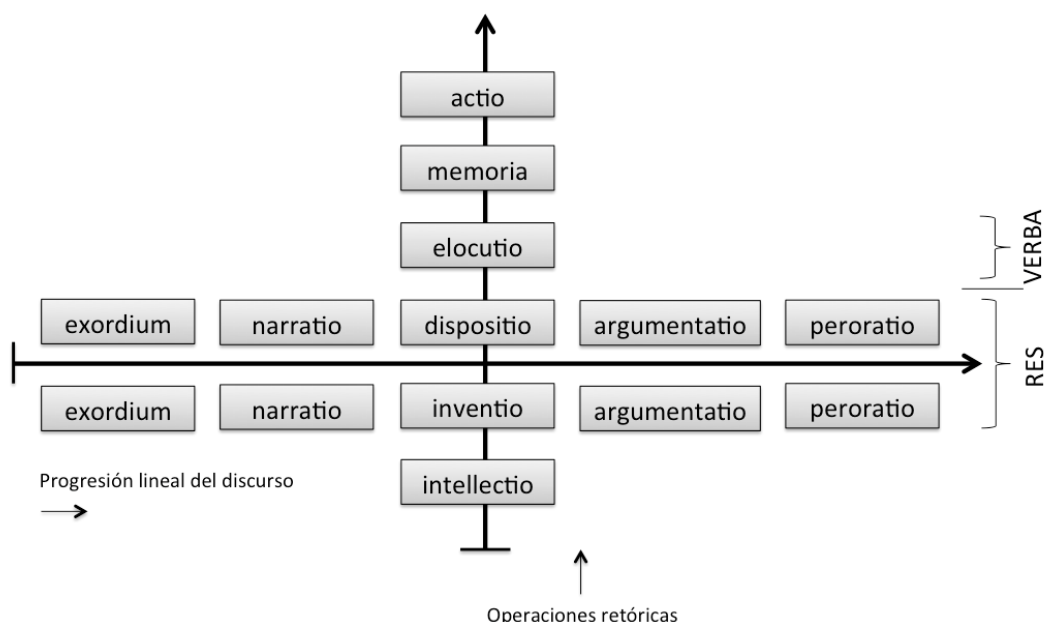
Es en esa dirección que el análisis se detiene en el discurso, luego se debe



adentrar en otra semiótica la cual permita buscar a partir de este sistema otras significaciones. Esos otros procesos correspondientes a lo interpretativo sobrepasan las dimensiones expuestas en el análisis estructural, pero adquieren relevancia con respecto a la visión retórica del mismo autor (Barthes, 1974), para quien no se trata de elementos de una estructura sino de los actos de una estructuración progresiva. La continuidad se sostiene a partir de la funcionalidad de la propuesta esquemática (Barthes, 1977) con la constitución material de la significación y la forma en que ésta busca sentido para cumplirlo (Barthes, 1974).

En la esquematización del modelo retórico del discurso (ver Figura 2), podemos ubicar las primeras tres operaciones retóricas que son para Barthes (1974) las más importantes: *inventio*, *dispositio* y *elocutio*.

**Figura 2. Modelo retórico del discurso.**



Fuente: Albaladejo (1993) y Lausberg (1983).



El modelo retórico del discurso según Albaladejo (1993) y Lausberg (1983) sistematiza elementos de la retórica que dan origen al hecho retórico. Éste estudia los niveles internos y externos, abordando aspectos constructivos, referenciales y comunicativos. Albaladejo apunta: “El hecho retórico está formado por el orador o productor, el destinatario o receptor, el texto retórico, el referente de este y el contexto en el que tiene lugar. El texto retórico forma parte del hecho retórico y es imprescindible para la existencia de este.”. (1993, p. 43).

Este autor también reconoce dos ejes: el vertical o de las operaciones retóricas el cual produce el hecho retórico, y el horizontal o de la progresión lineal del discurso. A su vez, el texto retórico se conforma por *verba* (palabras) y *res* (asuntos o contenidos), siendo el discurso retórico un signo complejo donde el significante se atribuye al primero y el significado al segundo. O siguiendo la exposición de Barthes (1974), donde la máquina retórica articula el material de significación con el sentido que da pie a la interpretación.

El modelo para el análisis estructural del relato se concentra en dos de los planos de descripción del discurso: la *dispositio* (orden y disposición de las ideas) y la *elocutio* (superficie textual según tropos y figuras). Ello porque estamos operando en los *verba* relacionados con el lenguaje (Barthes, 1977). Para adentrarnos en la *inventio* (tercera parte de la retórica que refiere a lo dicho y es perceptible a través de ejemplos y argumentos), se debe ir a la *res*, como lo vemos en la propuesta retórica (Barthes, 1974). En otras palabras, debemos completar el análisis de la estructura de sentido y significado textual (*dispositio*), además de la estructura de superficie y carácter oracional (*elocutio*), con la estructura profunda textual como referente y significación (*inventio*). Por ello, hemos señalado la insuficiencia de la estructura en Barthes (1977) en el análisis estructural del relato para demarcar un procedimiento interpretativo, pero también su complementariedad con las operaciones madres de la *tejné* que el mismo autor aborda en su visión retórica (Barthes, 1974) y más aún con la perspectiva



interpretativa plural (Barthes, 2004).

Es justo este proceso de significación el cual permite al ensayo no sólo hallar qué decir, sino utilizar los instrumentos intelectuales y afectivos para la persuasión (Lausberg, 1983). Los temas y la vigencia contextual de estos para dar capacidad explicativa de lo enunciado nos llevan de la retórica del discurso como una manifestación del lenguaje a una expresión de la sociedad y de la cultura.

Esto quiere decir, que el trabajo del texto es necesario, pero más importante aún la interpretación, cuya continuidad y claridad deben ser manifiestas para sustentar de manera epistemológica el significado que como lectores atribuimos al texto: “Estructuralmente, la existencia de dos sistemas considerados diferentes –denotación y connotación- permite al texto funcionar como un juego en el que un sistema remite al otro según las necesidades de una cierta *ilusión*.” (Barthes, 2004, p. 6, cursiva en el original).

Dicho de otro modo, las categorías estructurales de carácter descriptivo son los indicios indispensables para ir a la cultura e interpretar el texto. Estas categorías no deben verse como lo único, pero sí como un punto de partida que nos acerque metodológicamente al texto. En su devenir crítico el mismo Barthes (2004) lo concibe así:

Si se quiere estar atento al plural de un texto (por limitado que sea), hay que renunciar a estructurar ese texto en grandes masas, como lo hacían la retórica clásica y la explicación escolar: nada de *construcción* del texto: todo significa sin cesar y varias veces, pero sin delegación en un gran conjunto final, en una estructura última. De ahí la idea, y por decirlo así la necesidad, de un análisis progresivo aplicado a un texto único. (2004, p. 8, cursiva en el original).

La literatura y el ensayo por consiguiente, vienen a ser expresión de la manera en la cual lo dicho articula una dimensión social de la cual es producto, si bien no única sí anclada en el contexto. Aquí el planteamiento de Foucault (2005) se vuelve útil, ya que, pasamos de los discursos que “se dicen” a los que “están en



el origen de cierto número de actos nuevos de palabras que los reanudan, los transforman o hablan de ellos.” (2005, p. 26). Ello en el entendido de que el discurso no es precisamente una elaboración concreta, material; es más bien una textualidad manifiesta en productos culturales, la cual corresponde con un orden social pre-escrito (Foucault, 2005). La interpretación se sucede entonces en función de elementos de análisis, como una respuesta posible en el entorno que el texto describe y que también lo produce.

La propuesta foucaultiana así vista, se enlaza con Adorno (1962) y Barthes (2004) al dar el sustento interpretativo pertinente al ensayo. Si bien ni Adorno ni Barthes se refieren al discurso propiamente, sí ven a la creación ensayística y literaria como un interpretar activo, que mantiene una relación con lo externo, es decir, es una manifestación social.

Por lo tanto, el discurso es lo que se dice con respecto a algo y cómo lo dicho tiene relación con el medio donde se expone, lo cual da cabida a “un fenómeno práctico, social y cultural” (van Dijk, 2000, p. 21). En el discurso no sólo está en el lenguaje, en él se inscriben los actos sociales y la interacción social, como parte del escenario y del contexto en el cual se expresa la situación. Un lenguaje que se concibe socialmente determinado (Fairclough, 1989).

Como vemos, “La utilización discursiva del lenguaje no consiste solamente en una serie ordenada de palabras, cláusulas, oraciones y proposiciones, sino también en *secuencias* de actos mutuamente relacionados.” (van Dijk, 2000, p. 21), es decir, no es un ejercicio meramente estructural pero parte de él. Corresponde por tanto, desentrañar categorías de análisis útiles al propósito interpretativo y ampliar el análisis del hecho retórico, lo cual determina una manera práctica de acercarse a los grandes conglomerados conceptuales del escrito.

Al respecto, González (1993) incorpora al marco interpretativo ensayístico la importancia ideológica del contexto. Para él, tal y como apuntábamos, en el ensayo: “El lector no acepta solamente la interpretación sino también sus bases



ideológicas; aunque estas no se expliciten.” (González, 1993, p. 13).

Ir a ese sistema de creencias del ensayo implica una visión semántica del discurso (estudio de la *res*), determinada por la ideología. Término utilizado según la definición de van Dijk (2008), quien la ve menos como un constructo social limitante (en la acepción marxista), y más como parte de un modelo de cognición social compartido el cual incide en las prácticas sociales.

Según la perspectiva del análisis crítico del discurso (ACD): “[...] las ideologías tienen la función cognitiva de organizar las representaciones (actitudes, conocimientos) sociales del grupo, y así monitorizar indirectamente las prácticas sociales grupales, y por lo tanto también el texto y el habla de sus miembros.”. (van Dijk, 2008, p. 208).

La ideología establece un vínculo entre el discurso y la sociedad (González, 1993), ya que sirve de puente para entender las funciones sociales, más que elemento de dominación, estructurador de relaciones y conocimientos. El enfoque del análisis crítico del discurso le permite así al lenguaje, asumirse como crítica para evidenciar preocupaciones: “...el enfoque crítico se caracteriza por una visión propia y distintiva de a) la relación existente entre el lenguaje y la sociedad y b) la relación existente entre el propio análisis y las prácticas analizadas.” (Fairclough y Wodak en Wodak y Meyer, 2003, p. 367).

El análisis crítico del discurso es parte del proceso comunicativo que conlleva una lectura del mensaje, sea en las acciones o en la misma organización cognitiva. Esa organización es jerárquica, propone niveles de abstracción y generalidad, cuya significancia reside en la práctica social, por lo cual el lenguaje participa de la interacción personal y por consiguiente tiene una función social. Una evocación progresiva, susceptible de interpretación implica: acción social mediante interacción, adscripción contextual, red de relaciones del entorno contextual, funciones del lenguaje en la práctica social jerarquizada; y participa de



nociones claves dentro de la estructuración de la sociedad tales como el poder y la ideología.

El análisis crítico del discurso está permeado por la semiótica, pues aspira desentrañar la función social del texto. Al centrarse en el discurso como expresión lingüística o como expresión sujeta a interpretación y buscar relaciones, se ahonda más allá de la definición tradicional de lenguaje referido a lo escrito. Entonces, la noción semiótica de texto adquiere relevancia (Lotman, 1996), trasciende la textualidad y provee otras áreas de aplicación. “No tiene en la mira el lenguaje o el uso del lenguaje en sí mismo ni por sí mismo, sino el carácter parcialmente lingüístico de los procesos y las estructuras sociales y culturales.” (Fairclough y Wodak en Wodak y Meyer, 2003, p. 387).

En este enfoque, tres dimensiones discursivas se rescatan, a saber: descripción, interpretación y explicación. Descripción, la primera etapa donde se hace referencia a las propiedades formales del texto propiamente dicho. Interpretación, en cuanto a las relaciones entre el texto y los procesos de producción e interpretación del mismo, sea esta como etapa de análisis del texto y también de surgimiento del texto. Explicación, correspondencia entre la interacción y el contexto social donde se determinan los procesos de producción e interpretación, y otros efectos sociales (Fairclough, 1989).

Si se sigue la línea de discusión, la dimensión descriptiva viene a corresponder con la idea expuesta en el nivel descriptivo del análisis estructural (similar a la *elocutio*). La interpretación se hace mediante una reflexión de lo reseñado, similar a la perspectiva semiótica (*dispositio*). Y finalmente, la explicación profundiza en el origen de lo representado, es decir, el discurso subyacente (*inventio*).

Las estrategias discursivas vienen a ser abordadas por los estudios del discurso como un punto de unión entre la construcción de un mensaje y la interpretación de éste (Sal y Maldonado, 2009), producto del carácter



comunicativo del texto. Para Wodak (2000), son un plan de acción que se adopta como un fin.

De esta manera, se logra enfatizar en los aspectos que ayudan a descubrir el sentido del discurso retórico, trabajando la estructuración interna del discurso, su organización textual y el conjunto referencial. El análisis crítico del discurso al igual que el análisis estructural, la retórica y el discurso, se configuran como un insumo metodológico útil, y si bien, son propuestas con que provienen de enfoques distintos, la comprensión de los presupuestos permite una forma de proceder que nos faculta para desentrañar los significados socioculturales subyacentes en producciones y representaciones, donde el lenguaje es parte de los mecanismos de producción, pero no agota la representación.

### **Una propuesta metodológica**

La relación de los planteamientos anteriores sobre retórica y enfoques discursivos, se incorporan en una propuesta metodológica que permite de manera más clara acceder a la interpretación de los ensayos<sup>5</sup>.

No obstante, antes de enunciar el procedimiento, es útil recurrir a dos modelos de uso frecuente que abordan algunos de los aspectos reseñados, pero no articulan una continuidad que permita dilucidar con claridad lo metodológico. Uno de los modelos diferencia con claridad la descripción de la interpretación (González, 1993); otro, es utilizado ampliamente como guía de análisis semiótico (Foster, 1983).

El primer modelo se desprende del estudio de González (1993), a partir de la revisión de forma y contenido de cuatro ensayos. Su estudio viene a ampliar la perspectiva de la Retórica como lo expone García (1984), lo cual da sustento al

---

<sup>5</sup> El procedimiento ha sido utilizado en el análisis de ensayos por el autor. Aplicarlo enriquece y amplía la visión del texto, potencia la relación texto-contexto, y resulta muy útil para la interpretación.





uso de los dos aspectos de análisis: la revisión léxica o estudio del texto y el comentario o interpretación (ver Figura 3).

**Figura 3. Modelo de análisis del ensayo que se deduce de González (1993).**

Aspectos	ESTUDIO DEL TEXTO	COMENTARIO
Consiste	<ul style="list-style-type: none"> <li>Revisión léxica: términos.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>Caracterización de:                             <ol style="list-style-type: none"> <li>Sanción social.</li> <li>Marco conceptual.</li> <li>Tema.</li> <li>Aspectos literarios.</li> <li>Forma.</li> <li>Marco ideológico.</li> </ol> </li> </ul>
Pretende	<ul style="list-style-type: none"> <li>Comprensión literal del texto.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>Identificar respectivamente:                             <ol style="list-style-type: none"> <li>Cómo se conoce el texto.</li> <li>Las ideas propuestas.</li> <li>El objeto del ensayo.</li> <li>Los recursos literarios que utiliza.</li> <li>La estructura del ensayo.</li> <li>Desde dónde se enuncia.</li> </ol> </li> </ul>

Fuente: elaboración propia con base en el planteamiento de González (1993).

En la revisión léxica, el autor hace un recuento de términos incluidos en el ensayo. Esto amplía el nivel de significación del mismo y ve diferentes posibilidades de interpretación (como en Barthes, 2004). Según el autor un estudio preciso del léxico y sus contenidos permite establecer su mensaje (González, 1993, p. 31)

En cuanto al comentario, éste se constituye en una reflexión crítica donde se incluye la caracterización de los siguientes aspectos: sanción social (adscripción genérica), marco conceptual (conjunto de ideas que sustenta la exposición temática), tema (objeto de actividad conceptual interpretativa), aspectos literarios (recursos del discurso literario, figuras, recursos retóricos), forma (clasificación de acuerdo a la estructura) y marco ideológico (perspectiva desde la cual se escribe). Una vez revisados esos aspectos, según González



(1993), se puede tener claridad con respecto al ensayo y su propósito comunicativo.

El segundo modelo se desprende de la aplicación de Foster (1983), quien propone una lectura semiótica de algunos textos representativos del ensayo latinoamericano. Para él, su propuesta provee la posibilidad de lecturas más profundas, al ver la densidad semiótica del texto y con ella un núcleo semántico que brinda unidad.

Foster (1983) no diferencia niveles de análisis, sino propone buscar la estructura significativa del ensayo a partir de una serie de pautas metodológicas como categorías de análisis. A saber: unidad temática, estructura, estilo, estética literaria, referencialidad y tipo de lenguaje. Si bien éstas no son exhaustivas, presentan la posibilidad de reflexionar en función de la estructura del texto y lo tratado.

La unidad temática corresponde al tema o temas del texto. La idea es abstraer el eje temático que sirve de soporte a la exposición realizada.

La estructura si bien se relaciona con la forma del planteamiento, también incorpora cómo ésta contribuye a la adscripción genérica del texto. Foster (1993) apunta dos aspectos por considerar: estructuras simples (composición del párrafo, enunciados, función de las oraciones) y macro estructuras (articulación del texto completo-asunto, núcleo informativo-tema).

Al estilo Foster (1993) se refiere como estilo de la prosa, en el entendido que la enunciación es un punto medular para la comprensión del texto. Para él, el estilo es esencial, pues responde inferencialmente al género.

La estética literaria indica la manera en la cual se presenta el texto, dando lugar a una unidad interpretativa la cual el lector contempla desde la pragmática del mensaje. Operativamente, es la reflexión planteada desde el texto.

La referencialidad impulsa la representación del texto, es decir, el punto de partida para el ensayista. La referencialidad para Foster (1993) tiene dos sentidos:



el narratario y el referente. El narratario es el receptor de lo narrado en el texto, va en la dirección texto-lector. El referente es la realidad expuesta en el texto, en dirección contexto-texto-lector.

El tipo de lenguaje involucra los diferentes aspectos del habla los cuales identifican un lenguaje característico del texto. Pone énfasis en los elementos que sirven de soporte lingüístico a la expresión textual (sean de puntuación o explicación de la expresión). El análisis del lenguaje se relaciona con la funcionalidad de éste dentro del texto, ya sea por remitir a una época o población específica.

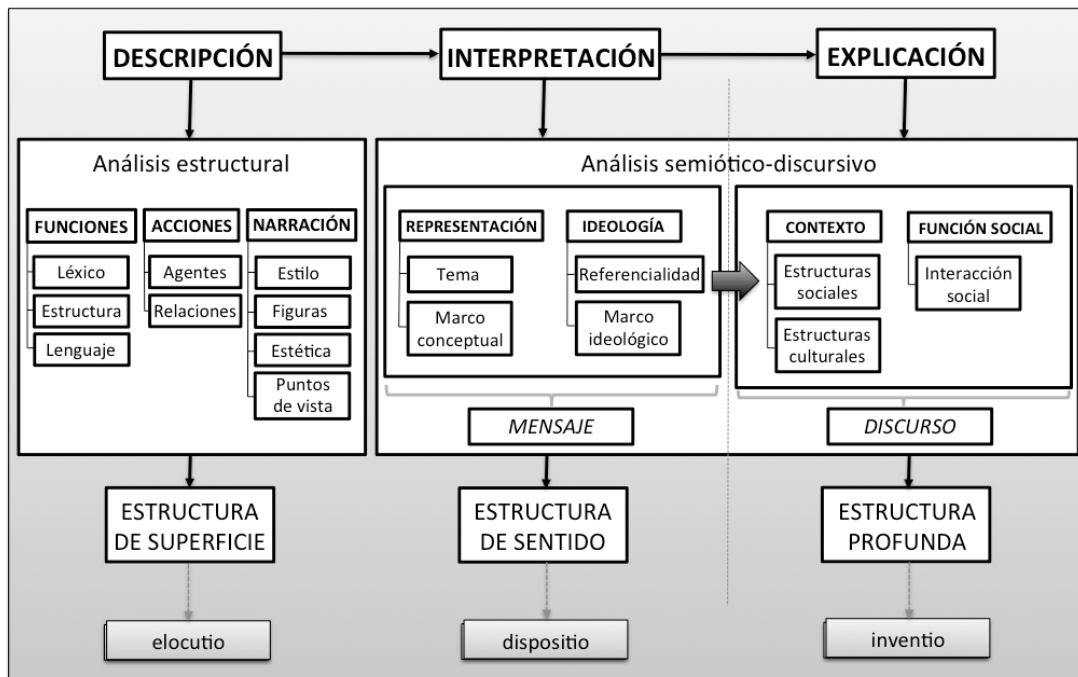
En ambos modelos, la interpretación es el fin último, ya que suponen un sistema interno que brinda unidad temática y estructural al texto. Pero ni Foster (1983) ni González (1993) son claros al explicar la interpretación. Siguiendo a Adorno (1962) se puede decir que esto sucede debido a que cada ensayo determina un procedimiento característico, lo cual se ha entendido queda en manos del crítico, quien abstrae categorías de interés y establece una discusión, de modo aparentemente arbitrario. Para Sal y Maldonado (2009) esto suele hacerse a partir de elementos retóricos los cuales apuntan a estrategias particulares y encausan su propio discurso, sin embargo, una vez más queda a juicio de quien interpreta.

Como hemos visto, la interpretación no debería aplicarse solo por la visión del mensaje expreso en el texto y sus demandas, sino partir del texto encausar la explicación contextual. Ello con miras a entender el fenómeno ideológico descrito en el ensayo y su relación con la realidad social.

En aras de una mayor claridad y con base en la discusión previa, se han incorporado estas propuestas de análisis a las estrategias retóricas y discursivas, dando lugar a un procedimiento metodológico que se describe a continuación (ver Figura 4).



**Figura 4. Procedimiento propuesto para el análisis de ensayos.**



Fuente: elaboración propia.

La propuesta se plantea en el sentido inverso de la construcción del texto retórico (primero los *verba* y luego la *res*), no en el orden planteado por Albaladejo (1989) y Barthes (1974), ya que estamos yendo a la lectura del ensayo para ir a lo que en él subyace. Por ello, se inicia con la superficialidad del texto para ahondar en su planteamiento y posteriormente entender la función desempeñada en el contexto. Esto es, una caracterización de la forma con el fin de identificar aquellos indicios que nos permitan incursionar progresivamente en el contenido.

La construcción retórica nos presenta un discurso, propio del abordaje que el ensayista realiza del tema en cuestión, sin embargo, ese discurso también remite a una práctica social. En la primera acepción nos referimos al planteamiento del texto, lo que dice; en la segunda, al origen de lo retratado en el texto, las relaciones sociales que determinan su representación.



Aclarado esto, la guía de análisis se segmenta en tres momentos con base en Fairclough (1989): descripción, interpretación y explicación. La descripción responde al nivel de trabajo textual, para lo cual se incorpora el análisis estructural del relato y sus tres niveles: funciones, acciones y narración (vista como exposición para efectos del ensayo). Las funciones pretenden dar a conocer la disposición del texto en cuanto al tipo de léxico utilizado, la forma en la cual presenta la discusión y el tipo de lenguaje del cual se vale para hacerlo. Aquí la idea es contribuir a la comprensión del papel que juega el ensayo, teniendo presente que estos elementos anticipan una intencionalidad. Las acciones nos llevan a caracterizar lo descrito en el texto, identificando agentes involucrados y las relaciones establecidas. Éstas se relacionan con lo que se nos presenta y la manera de abordar el contenido ensayístico, intentando focos o núcleos de acción. La narración va a lo expositivo, revisa el estilo, las figuras, la estética y los puntos de vista. En el estilo se puede observar cómo el autor se refiere al tema; en las figuras el recurso expresivo apunta a una ornamentación textual; en la estética el planteamiento del mensaje; y en los puntos de vista, las argumentaciones con las cuales se refiere al tema. Este primer paso del análisis nos muestra cómo se expone el relato y de qué trata el texto.

Con el fin de ir más allá en relación con el mensaje que el ensayo nos presenta, se debe ahondar en esa unidad temática, identificando y caracterizando la representación. Para tales efectos interpretación y explicación van de la mano, pues ambas apuntan elementos semióticos y discursivos (la representación es producto de algo subyacente en el contexto).

La interpretación sobreviene entonces al ir a la representación, el tema o temas abordados por el texto y que remiten a una situación de la realidad social. Esa representación es tratada mediante un marco conceptual del cual el ensayista se vale para fortalecer su posición. Así, queda patente ¿cuál es el mensaje? y ¿cuáles son los argumentos utilizados para persuadir al lector? En ese marco



conceptual se articula la ideología, ya que lo representado tiene un punto de anclaje y un posicionamiento (la referencialidad) que sirve a su vez como un marco ideológico con el cual se realiza la exposición. Con ella se devela el sentido del texto, el fin del escritor.

La explicación viene de la relación con el contexto. Si el ensayo es una obra crítica y cuestiona el entorno, éste es comprensible sólo a partir de las estructuras sociales y culturales que permiten su existencia. Es decir, el ensayo es un producto cultural, por lo tanto cumple esa función social que busca la reflexión del lector, la estructura profunda. Ahí existe sin más, un discurso, un planteamiento que interroga al lector, lo convoca, y echa mano del entorno para presentarse como algo viable. Una caracterización del entorno y la relación que éste tiene con lo expuesto nos provee de argumentos para la explicación.

La explicación no es posible sin las categorías analíticas deslindadas de lo tratado en el texto. Por ello, la discusión crítica se debe afianzar en planteamientos teórico-conceptuales que coadyuvan al entendimiento del contexto, claro, tomando como base los procedimientos descritos y trabajando el texto de acuerdo con lo requerido.

### **A modo de conclusión**

Si bien una de las principales características del ensayo es la subjetividad del ensayista (Azofeifa, 1982), ésta está determinada en relación con el contexto que motiva el ejercicio intelectual. Por lo tanto, el análisis de ensayos no es un ejercicio arbitrario; la identificación de categorías de análisis tienen un sostén en la realidad social que propicia la existencia del texto; y para ello, debemos plantearnos una guía que corresponda con lo que el ensayista expone.

En la propuesta realizada, tanto la forma como el contenido son importantes. En cuanto a la forma, la escritura y los recursos retóricos marcan una impronta que no pueden dejarse de lado, pues son el punto de partida para el



análisis. A través de la forma se da lugar a la exposición de un tema que a su vez se estructura por medio de recursos retóricos que posibilitan una toma de posición, el contenido.

Sobre esta toma de posición, la perspectiva ideológica potencia un accionar social en el uso de la palabra (Picado, 1985), y la interpretación va a depender de la manera en la cual nos acerquemos a la demanda que subyace en el escrito. Esa demanda del ensayo, más allá de la interpretación, nos permite explicar una dinámica que sucede en la realidad social del contexto que lo produce.

Aunque hay acercamientos al ensayo que tratan lo estructural, lo meramente descriptivo, o que exponen interpretaciones posibles, pocos plantean la relación entre texto y contexto o explicitan el procedimiento por medio del cual se llega mediante esta reciprocidad a la interpretación. Aún más, son menos quienes profundizan en una explicación de la razón de ser del ensayo que estudian. Al respecto debe tomarse en cuenta que la existencia del ensayo esta dada por una inquietud y la necesidad de expresión del ensayista, quien ve en la escritura la posibilidad de hacer circular su punto de vista y de poner sobre el debate argumentos sobre la realidad que considera oportunos.

Esta doble crítica, la del ensayo por sí y la del intelectual que lo analiza, debería de ser motivo suficiente para justificar el abordaje de textos ensayísticos, pero muy a pesar de ello el análisis del ensayo tiende a ser un ejercicio crítico literario que no es atractivo. Esto sucede muchas veces porque -como apuntaba Picado (1985)- hay una pugna entre la temática, lo que trata y el ejercicio mismo de la escritura. Por ello, la relación forma-contenido (Adorno, 1962; Lukács, 1975) debe plantearse, con el fin de dilucidar cómo existe una marca del contexto en la escritura y poder a través de la construcción del texto retórico sustentar la interpretación de la demanda que el ensayista expone en tanto testigo de una época.



En ese sentido, lo que aquí se procura es mostrar una estrategia metodológica que vuelva más operativo el trabajo de los ensayos; con el fin de permitir a estudiantes y críticos acercarse a este género literario, comprenderlo y atreverse a reflexionar sobre éste.





## Bibliografía

- Adorno, Theodor. (1962). *Notas sobre literatura*. Barcelona: Ariel.
- Aguiar, Vitor Manuel. (1972). *Teoría de la literatura*. Madrid: Gredos.
- Albaladejo, Tomás. (1993). *Retórica*. Madrid: Síntesis.
- Azofeifa, Isaac Felipe. (1982). Teoría y función del ensayo. *Kañina* VI (1-2), 19-22.
- Barthes, Roland. (1974[1970]). *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, S. A.
- Barthes, Roland. (1977[1966]). Introducción al análisis estructural de los relatos. Niccolini, S. (comp.). *El análisis estructural*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Barthes, Roland. (2004[1970]). *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Barzuna, Guillermo. (1994). Génesis, vigencia y teoría del ensayo. Sección de Comunicación y Lenguaje. *América Latina: entre lo real y lo imaginario*. Escuela de Estudios Generales. San José: Universidad de Costa Rica.
- de Amarilla, Lidia. (1951). *El ensayo literario contemporáneo*. La Plata: UNLP. FAHCE. Instituto de Investigaciones Literarias.
- Fairclough, Norman. 1989. *Language and Power*. Londres: Longman.
- Fernández, María. (1999). *La máscara de la palabra*. [Tesis de Licenciatura en Literatura y Lingüística]. Heredia: Universidad Nacional.
- Foster, David. (1983). *Para una lectura semiótica del Ensayo Latinoamericano, textos representativos*. Madrid: J. Porrúa Turanzas.
- Foucault, Michel. (2005). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets Editores. S. A.
- García, Antonio. (1984). Retórica como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una retórica general). *Estudios de Lingüística*, 2, 7-59.
- García, Blanca. (1995). *El ensayo mexicano del siglo XX: Reyes, Novo, Paz. Desarrollo, direcciones y formas*. México, D. F.: Universidad Autónoma



Metropolitana, Unidad Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades.

Gómez, José Luis. (1981). *Teoría del ensayo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

González, Jézer. (1993). *El ensayo: sus formas y contenidos*. San José: Editorial Fernández Arce.

Lausberg, Heinrich. (1983). *Elementos de Retórica literaria*. Madrid: Gredos.

Lotman, Iuri. (1996). *La semiosfera*. Vol. II. Semiótica de la cultura y del texto. Madrid: Ediciones Cátedra, S. A.

Lukács, George. (1975). *El alma y las formas . La teoría de la novela*. Barcelona: Grijalbo.

Marichal, Juan. (1978). *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)*. Madrid: Fundación Juan March-Cátedra.

Ovares, Flora, y Vargas, Hazel. (1986). *Trinchera de ideas: el ensayo en Costa Rica (1900-1930)*. San José: Editorial Costa Rica.

Picado, Manuel. (1985). *El envés de la red*. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio: Editorial Universitaria Centroamericana.

Rocha, Raúl. (1978). *Introducción al estudio del ensayo*. Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Centro Universitario de Guanacaste.

Sal, Julio, y Maldonado, Silvia. (2009). Estrategias discursivas: un abordaje terminológico. *Revista de Estudios Literarios*, Núm. 43. Recuperado de: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero43/abotermi.html>

Skirius, John. (1994). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

van Dijk, Teun. (2008). Semántica del discurso e ideología. *Discurso & Sociedad*, Vol. 2 (1), 201-261.

van Dijk, Teun. (comp.). (2000). *El discurso como interacción social*. Barcelona: Gedisa.



van Dijk, Teun. (comp.). (2000b). *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona: Gedisa.

Wellek, René, y Warren, Austin. (1974). *Teoría literaria*. Madrid: Gredos.

Wodak, Ruth. (2000), ¿La sociolingüística necesita una teoría social? Nuevas perspectivas en el Análisis Crítico del Discurso. *Discurso y Sociedad* N° 2, vol. 3. 123-147.

Wodak, Ruth, y Meyer, Michael. (comps). 2003. *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.

